



Agbonkhianmeghe E. Orobator SJ

Coloquio JESEDU-Global2021

Ponencia sobre *Educando para la Fe*

Mi fe como africano es inseparable de mi experiencia de la educación. Soy un converso al cristianismo. Mi infancia y adolescencia se enmarcaron en el contexto de una tradición de fe comúnmente conocida como Religión Africana.

La Religión Africana concede una importancia especial a los ritos de iniciación a lo largo de múltiples etapas de la vida. De hecho, así es como se produce la educación. En esta tradición religiosa, la educación implica la preparación práctica para ocupar un lugar en la comunidad y el perfeccionamiento moral necesario para cumplir con la responsabilidad que se tiene con la comunidad. La búsqueda del conocimiento nunca es un fin en sí mismo. Es trascendente, no de una manera ajena, sino como una llamada a "algo que es más grande que el yo, que va más allá que los propios intereses del individuo" (Padre Arturo Sosa SJ).

No soy producto de la educación jesuita. No había ninguna escuela jesuita donde crecí. La escuela pública era la norma para los pocos de mi familia que tuvieron la suerte de recibir una educación. Estas escuelas públicas fueron fundadas por misioneros, pero nacionalizadas por los gobiernos africanos en la efervescencia y la euforia de la independencia del dominio colonial.

Cuando se trataba del estudio explícito de doctrinas, enseñanzas o tradiciones religiosas, tenía la opción de estudiar la Religión Cristiana o la Religión Islámica. Afortunadamente, en algunos casos, era posible estudiar la religión "tradicional" africana. En mis escuelas primarias y secundarias laicas, rezaba al Dios de Jesucristo durante la asamblea matinal diaria y cantaba himnos cristianos. El miércoles de ceniza nos llevaban en manada a una iglesia católica cercana para embadurnarnos de ceniza sin tener ni idea de lo que significaba.

¿Dónde me dejó esta experiencia de educación? En mi caso, aunque la educación no impuso necesariamente la fe ni obligó a creer, me dejó una identidad algo híbrida. Hoy me considero portador de múltiples identidades conformadas por la religión africana, el cristianismo y el islam. ¿A qué me refiero? El contexto confesional diverso de mi educación me dotó de los valores de tolerancia, respeto y convivencia mutua. Y este contexto me permitió sacar lo mejor de muchas tradiciones de fe para ocupar mi lugar en la sociedad y hacer mi contribución al bien común. Educar para la fe debe poco a las creencias impuestas y todo a los valores, el ethos y los principios con los que reflexionamos, juzgamos y transformamos la realidad.

Me gustaría explorar dos manifestaciones de esto. La primera es lo que llamo educar para la fe ecológica y la segunda es educar a través de una coherencia de palabra y de vida.

En estos tiempos, la educación en la tradición ignaciana sería incoherente e incompleta si no educara a las personas para un compromiso sostenido con una fe ecológica. El núcleo de esta fe es simplemente la convicción de que el Planeta Tierra no es el producto de un acto secuestrado en un pasado cósmico impenetrable e irre recuperable. Esta Tierra, nuestra Casa Común, representa un proyecto que se realiza continuamente, en mutualidad y reciprocidad.

Como dice el Papa Francisco en su Carta Encíclica Laudato Si', nuestro interés no debe centrarse en cómo surgió la Tierra, sino en cómo "asegurar su fecundidad para las generaciones venideras" (LS 67). Esta visión me parece refrescante y revolucionaria. Puede enriquecer y cambiar nuestra misión de educación para asumir el deber de cuidar nuestra Casa Común como una opción preferente, ética y dirigida por la fe.

¿Cómo sería la educación para la fe ecológica? El Papa Francisco ha expuesto el marco de una educación para la fe ecológica de forma clara y convincente. En primer lugar, una educación para la fe ecológica da prioridad a lo que el Papa llama "el equilibrio ecológico [que se esfuerza por establecer] la armonía dentro de nosotros mismos, con los demás, con la naturaleza y otras criaturas vivas, y con Dios" (LS 210). En segundo lugar, enseña la "ciudadanía ecológica" y cultiva las "sanas virtudes" que permiten a las personas "asumir un compromiso ecológico desinteresado" en sus comunidades locales (LS 211). En tercer lugar, capacita a las personas para superar el paradigma del consumismo desenfrenado y promueve "una nueva forma de pensar sobre los seres humanos, la vida, la sociedad y nuestra relación con la naturaleza" (LS 215). Por último, la educación para la fe ecológica enseña a las personas "a ver y apreciar la belleza [y]... a aprender a rechazar el pragmatismo interesado" (LS 215).

Lo que yo llamo educación para la fe ecológica requiere un nuevo tipo de educador. "Necesita", dice el Papa Francisco, "educadores capaces de desarrollar una ética de la ecología y de ayudar a las personas, mediante una pedagogía eficaz, a crecer en la solidaridad, la responsabilidad y el cuidado compasivo" (LS 210). Piénsalo. El Papa Francisco está convocando a los educadores de la tradición católica para que se conviertan en creadores de una nueva pedagogía de la ecología, que nutra e inculque "virtudes ecológicas" (LS 88) a aquellos a quienes enseñamos.

En mi opinión, las ventajas de este tipo de educación para la fe ecológica son muchas. Si lo conseguimos, convertirá y transformará a nuestros alumnos en administradores de la integridad medioambiental y les enseñará, según la oración de Laudato Si', "... a descubrir el valor de cada cosa, a llenarse de asombro y contemplación, a reconocer que estamos profundamente unidos a toda criatura mientras caminamos hacia la luz infinita [de Dios]."

Como educadores de la tradición ignaciana, estoy convencido de que estamos especialmente capacitados y situados para la tarea de educar en la fe en el siglo XXI. La tradición pedagógica ignaciana afirma nuestra identidad como mujeres y hombres que se esfuerzan, de forma creativa e innovadora, por modelar una vida orientada a la fe para los demás; personas que llevan a otros a descubrir, experimentar y practicar las manifestaciones humanizadoras del espíritu, como la conciencia, el carácter, la compasión y el compromiso. En un sentido real, por el trabajo que hacemos y por cómo acompañamos a los jóvenes en la búsqueda de un compromiso de fe significativo y de un propósito en la vida, nos convertimos en testigos de estos valores fundamentales. No nos limitamos a contarlos, sino que los mostramos con la calidad de nuestro compromiso, la profundidad de nuestra fe y el ejemplo de nuestras vidas.

El Papa Pablo VI dijo una vez que "La gente de nuestra generación escucha con más gusto a los testigos que a los maestros, y si escuchan a los maestros, es porque son testigos". (Evangeli Nuntiandi, 41). Educar para la fe nos llama a modelar la coherencia de la fe, la vida y la práctica para los jóvenes que se nos confían.



Hace diez años, el antiguo Superior General de la Compañía de Jesús, el Padre Adolfo Nicolás, habló de lo que significa educar para la fe en la tradición pedagógica ignaciana. "La educación jesuita", dijo, "debe cambiarnos a nosotros y a nuestros alumnos.... Y el significado del cambio para nuestras instituciones es "en qué se convierten nuestros alumnos", qué valoran y qué hacen después en la vida y en el trabajo". Una manifestación concreta de este cambio en nuestros estudiantes es, dijo, "la imaginación creativa para trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, sostenible y lleno de fe".

Cuando educamos para la fe, educamos para la profundidad; educamos para sanar un "mundo roto, especialmente el mundo de los pobres"; educamos para la justicia social y la reconciliación; educamos para reconocer y colaborar con "Dios... que ya está trabajando en nuestro mundo". Educamos para "un cielo nuevo y una tierra nueva".